

de bolos y no sé cuántos primores más. Este convento, los ranchos de *Pedregoso*, la *Cuesta*, *Jalacingo*, *Estancia de Ayo-nes* y otras posesiones rústicas, estaban destinadas á la manutención de cuatro frailes y dos legos.

Pronto aprendí las declinaciones y conjugaciones; pero antes estuve listo en aquello de

La señora *musa musæ*
Y el señor *dominus domini*,
Se fueron al *templum templi*
A oír el *sermo sermonis*.

Y también supe lo de

Quis vel qui,
Todos los burros se quedan aquí;
Y el que de aquí pasa
En *verbitos* se atrasa;
Se ordena ó se casa.

Amén de *pastorcito come adoves*. *Non est peccatum mortalís occidere patrem sum*. *Caracoles comes* y otras lindezas así.



CAPITULO III

Donde se declara quiénes eran y qué pensaban
los padres Luna y Huerta

EA celda de mi bienaventurado maestro Fray Martín de Luna, era amplia, bien orientada, resplandeciente de aseo y blancura. A mí me parecía uno de los más deleitosos lugares de la tierra, y quizás pensaban lo mismo que yo los señores regulares que vivían en el convento, pues la habían constituido en mentidero y lugar de cita para contar chismes, hablar de política y decir mal del prójimo.

Antes de vísperas y después de laudes, instalábase allí la comunidad, que no podía ser más reducida. El prior, Fray Joaquín de Angeles, era un viejo con medio siglo en cada pata, tembloroso y enfermo de ausencias, hasta cau-

sar risa. Más nulo por sus alcances intelectuales que el mismo prior, era Fray Manuel de Salas, buen mozo y arriscado, pero en cuyo derredor se cernía el peso de una historia de amores, cuchilladas y muertes que ponía espanto.

También tenía historia, aunque no trágica ni vergonzosa, Fray Antonio Huerta, seco, amojamado, que casi no alzaba los ojos del suelo y gastaba una vocecita tan suave y armoniosa que nadie habría creído las pestes que de él se decían, si no estuvieran atestiguadas por la tradición constante en el pueblo.

Fray Antonio era nada menos que un descamisado de la peor calaña, un espíritu rebelde que había merecido ser desterrado á Tlaxochimaco, en castigo de su insubordinación.

Se contaba que leía á diario los autores prohibidos; pero no para refutarlos y demostrar sus errores, sino para aprender sus vitandas doctrinas y complacerse en sus perversas enseñanzas.

Se carteaba con yorkinos y exaltados, hablaba de cosas que en aquel tiempo aparecían tan imposibles como meterse el sol en el bolsillo ó volar con alas prendidas con cera, y se decía que mandaba á los periódicos jacobinos artículos tan razonados y llenos de lógica, que ponían verdadero espanto en las huestes contrarias.

Descartados el prior, que era un carcamal incapaz de



En México se están batiendo

discurso, y el guapetón del Padre Salas, no quedaba para ponerse frente á Fray Antonio sino mi maestro Luna.

¡Jesús, y las broncas que armaban, las cosas que decían, los textos que citaban, los argumentos que exponían y las respuestas con que se abrumaban! Era cosa de poner tablados para oír aquel desencadenamiento de la facundia y la pasión humanas.

Una siesta entró Fray Antonio llevando en la mano no sé si *El Republicano*, *El Monitor* ú otro periódico, y nos dijo pesaroso:

— En México se están batiendo; seis días lleva la guardia nacional de tirotear á las tropas de Farías.

— ¿De veras, Padre? dijo Luna; pues crea que yo lo aguardaba. No era justo que los señores *polkos* vieran tranquilos insultar y despojar á la Iglesia, sin que hubieran volado en su auxilio. Sólo á un bellaco del tamaño de Farías se le ocurre querer imponer gravámenes á las propiedades sagradas. Como si no hubiera censuras claras y terminantes contra los que tocan esos bienes, en el santo Concilio de Trento y en el Tercero Mexicano. San Agustín y San Jerónimo, Su Paternidad lo sabe tan bien como yo, tienen textos que no sé cómo sabrán conciliar con su rapacidad los señores canonistas del demócrata Farías.

— Pero si hay esas prohibiciones, ¿cómo se explica que los señores eclesiásticos de México estén suministrando dinero á las tropas pronunciadas? Dos pesos dia-

rios por cabeza de oficial, entregan los mayordomos de monjas, y sólo así han obtenido el pronunciamiento.

Y si recaen tantas censuras y excomuniones, ¿cómo se concilian con el derecho que tenían los monarcas españoles de disponer de la plata de las iglesias en tiempo de guerra ó de necesidad?

— Bonito; pues si en tiempo de guerra podían apropiarse esas cosas, en tiempo de paz no dejarían de cogerlas.

— Y estarían en su derecho, porque precisamente la primera condición con que las comunidades poseían, era el permiso de la Corona.

— Pues en ese caso se podrían suprimir conventos, destruir iglesias, vender bienes de cofradías y hacer mala barata de todo, como si la Iglesia fuera sierva y no señora, como si tuviera en préstamo y no en propiedad esas cosas.

— Precisamente, Padre, ese fué el gran mal de la monarquía española: desde el tiempo de Carlos I se echó de ver que los conventos eran tantos, que convenía restringir esas casas y tener más trabajadores.

Al descubrirse la América el mal pasó acá: ya en la época de Felipe IV, el ayuntamiento de México ocurría al Rey, haciéndole presente que debía prohibir la fundación de conventos de monjas y frailes, que eran en tal cantidad y tan ricos, que pronto dejarían al reino sin gente y sin blanca. Sólo una de las órdenes que en el siglo XVIII im-

peraban en Nueva España, tenía haciendas en que se esquilaban anualmente más de 300,000 ovejas, sin contar el ganado mayor; muchísimos ingenios de azúcar; dinero y casas en cantidad incalculable. Por eso la Compañía de Jesús fué abolida, por eso las Cortes de España en 1820 declararon que se debían reducir los bienes de los conventos, hospitales, casas de asilo, cofradías, archicofradías y memorias, de manera que apenas pudieran vivir decorosamente con sus productos los individuos que de ellos tenían que subsistir.

Para evitar las consecuencias de esa y otras medidas, nuestro clero aceptó el Plan de Iguala; pero no contaba con el avance natural de las ideas y con el trascurso de los tiempos: la inflamación y la podredumbre que se atajaron por un lado, reventaron por otro con furia nunca vista. Allí tiene Vuestra Paternidad las disposiciones de la primera Vicepresidencia de Farías, que tanto espantaron á los timoratos; allí tiene la actitud del partido puro, que, ó no sé yo nada de estas cosas, ó está destinada á producir algo muy sonado; y todo ¿por qué? Porque tenemos acaparada la riqueza pública, inactivos valores inmensos, ociosas á más de quince mil personas entre hombres y mujeres é influído y fanatizado á todo el resto de la población.

— ¿Y las misiones, y las escuelas, y los hospitales y los colegios de *Propaganda fide*? A ver, resuélvame eso; y dígame si algún día podrán los jacobinos mantener la

enorme cantidad de gente que vive á nuestra costa, comiendo la sopa boba de los conventos.

— Pues le digo á Vuestra Paternidad que los hospitales que el clero sostiene, no bastan para atender al incalculable número de desheredados que necesitarían de su auxilio; que las escuelas son atrasadísimas, y que de nuestros seminarios apenas salen *lárragos*, discutidores, pero no gentes de ciencia ni piedad; que no hay en todos nuestros colegios cátedras de hebreo ni de idiomas modernos, ni de historia profana, ni de nada, en fin, de acuerdo con las luces del siglo; y que toda esa gente que se mantiene á expensas de los conventos es una turba de haraganes que, como tiene segura la comida, se dedica á vivir de holgazana ó á hacer picardías de todas clases.

— Pero esas cosas las tiene que remediar el bendito General Santa Anna, que ya ha de haber llegado á la capital para quitar de enmedio al protervo Farías. Ese nuevo Gedeón, ese deseado de las gentes, ese héroe invictísimo, ese defensor de la religión, esa estrella de Oriente, es el destinado á cambiarlo todo. ¡Y poquito que nos envidian las naciones extranjeras á nuestro Presidente! Sepa V. P. que no hace mucho le escribió Lafayette, ese General que tan famoso es en aquellas Europas de Dios, y que lo pone por las nubes. Sí, sí, bien lo *manzanearán*; pero para ellos estaba el señor Santa Anna. Se guarda para su patria, para su tierra querida, y primero que

hacer la felicidad de Austria ó Francia, ó de los reinos del Preste Juan, ha de dedicarse á lo que tiene cerca; tanto más cuanto que México es la nación más rica del mundo: suelo fértil, minas de oro, bosques en que abundan todas las maderas, caídas de agua...

Con razón los malditos patones, que en su tierra no tienen más que aridez y tristeza, tratan de quitarnos lo nuestro; pero á buena parte van: primero necesitan vencer al esforzado Santa Anna, y eso no lo conseguirán ni volviendo á nacer.



S. A. S. D. ANTONIO LÓPEZ
DE SANTA ANNA

— Pero, Fray Martín, por los clavos de Cristo, ¿qué está V. P. ensartando allí ni qué va á impedir el General Santa Anna, ni Señora Santa Ana ni alma nacida ó por nacer, que las cosas lleguen cuando deben llegar; ni cómo van á hacer para que la propiedad mal repartida esté repartida mejor, ni para que los agravios acumulados en tanto tiempo de política absurda queden extintos y proscritos? Mucho podría hacer Santa Anna ó cualquier hombre si tuviera buena voluntad y mejor entendimiento;

pero no veo trazas de ello. Y lo peor es que nuestra santa religión va quizás á sufrir y á ser perseguida, cuando bastaría un poco de desprendimiento y otro poco de amor á Dios para evitar esa catástrofe.

— Tonterías, Padre Huerta, tonterías; esos librotos que V. P. se lee, le han trastornado el seso y comienza á ver visiones: mire que no son gigantes sino molinos de viento; mire que esas cosas de que habla no hay quien las mire en el mundo, exceptuando á los tres ó cuatro sutiles y almidonados que comulgan en la capillita de V. P...

Entretanto el superior roncaba; Fray Manuel, que se había salido sin que lo sintiéramos, jugaba con los legos á la barra en el huerto del convento, y yo permanecía con tamaños ojos abiertos, sin entender la mitad de lo que hablaban aquellos varones, pozos de ciencia.

Así, entre disputas de frailes y textos del *Arte poética*, de la oración *Pro Archia*, de las *Églogas* de Virgilio y de las *Odas* de Horacio, pasé dos años, dos años que miro más claros vivos en la tela de mi vida, que los que ayer tejió la suerte, tan descoloridos y faltos de encanto.

Un día el padre Fray Martín se plantó en mi casa, y dijo á mi padre mientras yo borrajaba unos versos latinos en un viejo cartapacio:

— Amigo Andrés, aquí tiene usted á su hijo convertido en un habilísimo latino; y ya sea que su genio lo lleve por el cultivo de los *dulcia arva*, que diría nuestro Marón;

ó que se incline á los tratos de Mercurio; ó que desee hacer conocimiento con Belona, puesto que los tiempos son de aquellos que decía Lucano:

¿ Quis furor, o cives, quæ tanto licentia ferri?

tendrá como reliquia sagrada las buenas létras que me ha tocado la suerte de enseñarle, pues como cantó el profano:

Quod semel est ibuta, recens servabit odorem.

Ahora es tiempo de que usted, si puede, ó sus valedores, si los tiene, agencien para el chico una *beca de merced*, ó á sus expensas lo envíen al Seminario de Guadalajara, donde podrá lucir por lo que sabe y aprender lo que ignora.

Se conocía que á mi padre no le cogían de nuevo esas cosas, y que más que el mismo Luna había pensado en la manera de salir de aquella situación; pero nada dijo, por lo cual el bueno del fraile siguió hablando:

— Anímese, Andrés, y háblele á su compadre don Crescencio Torres Lares, que yo sé lo estima y que si quiere puede favorecer al muchacho; aunque no haría gracia ninguna, pues padrino es de Juan, y obligación tiene de ayudarlo conforme á conciencia.

Algo contestó mi padre alegando su cortedad y falta de ánimo, algo porfió el fraile, y por fin quedó resuelto que Fray Martín hablaría á mi padrino para pedirle su ayuda en aquel difícil negocio.



CAPÍTULO IV

Se presentan las distinguidas personas del cacique del pueblo, su mujer y sus hijos

No sé si en lo anterior he mencionado con el acatamiento que correspondía, á mi padrino don Crescencio Torres y Lares Vázquez de Medrano y Ayllón, cuarto marqués de casa Ayllón, ex regidor perpetuo de la villa de Tlaxochimaco, patrono del santuario en que se veneraba á Jesús Nazareno y cacique indiscutido é indiscutible del lugar.

Era hijo de don Pedro Torres y Lares, tercer marqués y persona famosa por una tristísima causa: había sido ahorcado por el jefe Mina, por haberse rehusado á proporcionar á su tropa no sé qué mantenimientos que le pedía.